

# EL SILENCIO DE LOS ANIMALES

SOBRE EL PROGRESO  
Y OTROS MITOS MODERNOS

JOHN  
GRAY

## **El silencio de los animales**

**El silencio de los animales  
Sobre el progreso  
y otros mitos modernos**

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANTONIO PÉREZ DE CAMINO



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Silence of Animals. On Progress and Other Modern Myths*

Copyright © JOHN GRAY, 2013  
All rights reserved

Primera edición: 2013

Traducción  
© JOSÉ ANTONIO PÉREZ DE CAMINO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-35-7  
Depósito legal: M-29258-2013

Impreso en España

*Las estaciones del año ya no son lo que eran,  
pero ésa es la naturaleza de las cosas: ser vistas sólo una vez,  
mientras suceden...*<sup>1</sup>

JOHN ASHBERY

## ÍNDICE

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| 1. EL VIEJO CAOS                                   | 11  |
| La llamada del progreso                            | 11  |
| Caballos helados y desiertos de ladrillo           | 19  |
| Tinta invisible, piel arrancada y hormigas blancas | 29  |
| La cripta de los capuchinos                        | 35  |
| Dos y dos son cinco                                | 40  |
| Lo que un tirano puede hacer por ti                | 49  |
| Ictiófilos y liberales                             | 53  |
| Ropa de papel, pianos de cola y miles de millones  | 56  |
| Los alquimistas de las finanzas                    | 59  |
| Humanismo y platillos volantes                     | 63  |
| 2. MÁS ALLÁ DEL ÚLTIMO PENSAMIENTO                 | 73  |
| Los puros de Freud y el largo rodeo                | 73  |
| hacia el nirvana                                   |     |
| De ilusiones a ficciones                           | 83  |
| La ficción suprema                                 | 89  |
| La felicidad, una ficción de la que es mejor       | 92  |
| deshacerse                                         |     |
| El inconsciente ario de Jung, o lo que los mitos   | 95  |
| no son                                             |     |
| Mitos del futuro próximo                           | 100 |
| Tlön y la historia sin dos tardes                  | 104 |
| Palabras y cenizas                                 | 109 |
| Misticismo sin dios                                | 115 |
| 3. OTRA LUZ SOLAR                                  | 121 |
| Un caleidoscopio movido                            | 121 |
| El silencio de los animales                        | 129 |

|                                         |         |
|-----------------------------------------|---------|
| Una visita al Museo Británico           | 135     |
| Ciudades infinitas                      | 138     |
| Una tos de cementerio y un abrigo verde | 143     |
| Un acto de desaparición                 | 151     |
| El extraño junto al escenario           | 157     |
| <br>AGRADECIMIENTOS                     | <br>169 |
| <br>NOTAS                               | <br>171 |

## 1. EL VIEJO CAOS

Los simios, sumamente civilizados, se balanceaban con elegancia entre las ramas; el neandertal era basto y estaba atado a la tierra. Los simios, satisfechos y juguetones, pasaban la vida sumidos en sofisticados entretenimientos o cazando pulgas con contemplación filosófica; el neandertal se movía oscuramente dando pisotadas por el mundo, repartiendo porrazos aquí y allá. Los simios lo miraban divertidos desde las copas de los árboles y le tiraban nueces. A veces el terror los sobrecogía: mientras que ellos comían frutas y plantas tiernas con delicado refinamiento, el neandertal devoraba carne cruda y mataba a otros animales y a sus semejantes. El neandertal cortaba árboles que siempre habían estado en pie, movía rocas de los lugares que el tiempo había consagrado para ellas y transgredía todas las leyes y tradiciones de la selva. Era basto y cruel, y no tenía dignidad animal: desde el punto de vista de los sumamente civilizados simios, no era más que un paso atrás en la historia.<sup>2</sup>

ARTHUR KOESTLER

### LA LLAMADA DEL PROGRESO

«Kayerts estaba colgado de la cruz por una cuerda de cuero. Evidentemente, había subido a la tumba, que era alta y estrecha, y después de atar el extremo de la correa al travesaño, se había dejado caer. Los dedos de sus pies estaban a sólo unas pulgadas de la tierra; sus brazos colgaban, tiesos; parecía estar rígidamente cuadrado en posición de firmes, pero con una mejilla de color púrpura posada juguetonamente sobre su



hombro. Y, con indolencia, mostraba su hinchada lengua al director gerente».<sup>3</sup>

El ahorcado era uno de los dos comerciantes que una compañía belga había enviado a una remota parte del Congo, a casi quinientos kilómetros del puesto comercial más cercano. La mayoría del trabajo lo realizaba un intérprete nativo, que aprovechó la visita de los miembros de una tribu para vender como esclavos a algunos de los trabajadores de la avanzada a cambio de colmillos de marfil. Aunque al principio los conmocionó el hecho de verse involucrados en el comercio de esclavos, el negocio resultaría muy lucrativo, y Kayerts y el otro europeo, Carlier, aceptaron el intercambio. Habían hecho un trato que les dejaba poco con lo que ocupar su tiempo. Pasaban los días leyendo novelas baratas y periódicos viejos que alababan «nuestra expansión colonial» y «los méritos de los hombres que iban por el mundo llevando la luz, la fe y el comercio hasta los más oscuros rincones de la tierra». Leyendo estos periódicos, Carlier y Kayerts «comenzaron a pensar mejor de sí mismos». En el transcurso de los meses que siguieron perdieron la costumbre de trabajar. El barco que esperaban no llegó y empezaron a quedarse sin suministros. Durante una pelea iniciada por unos terrones de azúcar que Kayerts se había guardado, Carlier murió. Desesperado, Kayerts decidió quitarse la vida también. En el momento en el que se estaba colgando de la cruz, el barco llegó. Cuando el encargado desembarcó se encontró cara a cara con el fallecido Kayerts.

Joseph Conrad escribió *Una avanzada del progreso* en 1896, y es una historia tan feroz y falta de esperanza como su posterior y más conocida novela corta *El corazón de las tinieblas*. Conrad describe cómo Kayerts «se sentó junto al cadáver [de Carlier] pensando; pensando seriamente, pensando cosas muy nuevas. [...] Sus antiguos pensamientos, convicciones, gustos y antipatías, las cosas que respetaba y las que aborrecía se le presentaban finalmente bajo su verdadera luz: despreciables e infantiles, falsas y ridículas. Se sentía a gusto con su nueva sabiduría, sentado junto al hombre al que había matado».

Pero no todas las convicciones de Kayerts se habían desvanecido y aquello en lo que continuaba creyendo es lo que lo llevó a la muerte. «El progreso llamaba a Kayerts desde el río. El progreso, la civilización y todas las virtudes. La sociedad llamaba a su hijo ya formado para que fuera a que lo cuidaran, a que lo instruyeran, a que lo juzgaran, a que lo condenaran; lo llamaba para que volviera a aquel montón de basura del que se había marchado, para que se hiciera justicia».

Al situar esta historia en el Congo, país donde había tenido ocasión de observar de primera mano los efectos del imperialismo belga cuando lo había visitado en 1890 para hacerse cargo de un carguero fluvial, Conrad estaba haciendo uso de un cambio que había experimentado previamente en sí mismo. Había llegado con la convicción de que era un hombre civilizado y se dio cuenta de lo que en realidad había sido hasta entonces: «Antes del Congo no era más que un animal».<sup>4</sup> El animal al que Conrad se refería era la humanidad europea que, poseída por una visión de progreso y por la tentación de ganar dinero, causó millones de muertes en el Congo.

Si bien hace ya mucho tiempo que la idea de que el imperialismo puede contribuir al avance de la humanidad está desacreditada, no se ha renunciado a la fe que una vez se vinculaba al imperio. Al contrario, esta fe se ha extendido por todas partes. Incluso aquéllos que dicen seguir credos más tradicionales se apoyan en la fe en el futuro para no perder la entereza. La historia puede ser una sucesión de absurdos, tragedias y crímenes, pero —todos insisten en decir— el futuro todavía puede ser mejor que cualquier pasado. Renunciar a esta esperanza llevaría a una desesperación como la que hizo que Kayerts perdiera la cabeza.

De entre los muchos beneficios de la fe en el progreso, el más importante tal vez sea el de evitar un conocimiento excesivo de uno mismo. Cuando Kayerts y su compañero se aventuraron en el Congo, los extraños con los que se encontraron no fueron los indígenas, sino ellos mismos.

Vivían como ciegos en una gran habitación, sólo conscientes de lo que entraba en contacto con ellos (y eso únicamente de forma imperfecta), e incapaces de ver el aspecto general de las cosas. El río, el bosque, la tierra bullente de vida, eran como un gran vacío. Ni siquiera la brillantez de la luz solar les descubría nada inteligible. Las cosas aparecían y desaparecían ante sus ojos como si no tuvieran conexión ni propósito. El río [...] fluía a través de un vacío. Desde ese vacío, a veces, llegaban canoas, y hombres con lanzas en las manos se apiñaban repentinamente en el patio de la avanzada.<sup>5</sup>

No son capaces de sobrellevar el silencio al que han ido a parar: «en todas las direcciones, rodeando el claro donde se alzaba el puesto comercial, los inmensos bosques, que escondían ominosas complicaciones de vida fantástica, yacían en el elocuente silencio de aquella muda grandeza». El sentido de la progresión del tiempo que habían traído consigo comienza a desmoronarse. Como escribe Conrad hacia el final de la historia: «aquellos tipos, que se habían enrolado en la compañía por seis meses (sin tener ni la menor idea de lo que era un mes y sólo una vaga noción del tiempo general), llevaban sirviendo a la causa del progreso más de dos años». Separados de sus costumbres, Kayerts y Carlier pierden las habilidades necesarias para seguir viviendo. «La sociedad, no por ternura sino debido a sus extrañas necesidades, había cuidado de los dos hombres, prohibiéndoles todo pensamiento independiente, toda iniciativa, toda desviación de la rutina; y se lo había prohibido bajo pena de muerte. Sólo podían seguir viviendo a condición de convertirse en máquinas».

La condición de los humanos modernos de ser como máquinas puede parecer una limitación, pero de hecho es una condición para su supervivencia. Kayerts y Carlier eran capaces de funcionar como individuos únicamente porque habían sido conformados por la sociedad hasta lo más profundo de sus entrañas. Eran:

Dos individuos perfectamente insignificantes e incapaces, cuya existencia únicamente se vuelve posible dentro de la compleja organización de las multitudes civilizadas. Pocos hombres son conscientes de que sus vidas, la propia esencia de su carácter, sus capacidades y sus audacias, son tan sólo la expresión de su fe en la seguridad de su entorno. El valor, la compostura, la confianza; las emociones y los principios; todos los pensamientos grandes e insignificantes no son del individuo, sino de la multitud: de la multitud que cree ciegamente en la fuerza irresistible de sus instituciones y de su moral, en el poder de su policía y de su opinión.

Cuando salieron de su entorno habitual, los dos hombres se volvieron impotentes para actuar. Aún peor, dejaron de existir.

Para aquéllos que viven dentro de un mito, éste parece un hecho obvio. El progreso humano es un hecho obvio. Si uno lo acepta, se hace con un lugar en la gran marcha de la humanidad. Pero la humanidad, por supuesto, no marcha hacia ninguna parte. «La humanidad» es una ficción compuesta a partir de miles de millones de individuos para los cuales la vida es singular y definitiva. Aun así, el mito del progreso es extremadamente potente. Cuando pierde su poder, los que han vivido de acuerdo con él pasan a ser —como planteó Conrad al describir a Kayerts y a Carlier— «como esos condenados a perpetuidad que, liberados después de muchos años, no saben qué hacer con su libertad». Cuando se les arrebató la fe en el futuro, se les quitó también la imagen que tenían de sí mismos. Si entonces optan por la muerte, es porque sin esa fe dejan de encontrarle sentido a la vida.

Cuando Kayerts decide terminar con su vida lo hace colgándose de una cruz. «Kayerts permaneció quieto. Miró hacia arriba; la niebla rodaba baja, por encima de su cabeza. Miró a su alrededor como un hombre perdido; vio una mancha oscura, una mancha en forma de cruz que emergía de la cambiante pureza de la bruma. Cuando comenzó a caminar tambaleándose hacia ella, la campana de la avanzada, con sus tumultuosos

repiques, respondió al impaciente clamor del barco de vapor». Justo en el momento en el que el barco está llegando —y nos muestra que la civilización se mantiene intacta—, Kayerts alcanza la cruz, donde encuentra redención en la muerte.

¿Qué tiene que ver la cruz con el progreso? Conrad nos cuenta que había sido colocada allí por el director de la Gran Compañía Comercial para señalar el lugar donde se encontraba la tumba del primero de sus agentes, un antiguo pintor que «había proyectado y supervisado la construcción de aquella avanzada del progreso». La cruz había «perdido mucha de su perpendicularidad», lo que hacía que Carlier le echara un vistazo cada vez que pasaba por delante de ella. Por eso un día la volvió a poner derecha. A fin de asegurarse de que estaba bien sujeta, la puso a prueba con su propio peso: «Me apoyé con las dos manos sobre el travesaño. No se movió. Bien, lo hice correctamente». Es en esta estructura alta y robusta, que se le aparece como una mancha borrosa en la niebla, donde Kayerts termina con su vida.<sup>6</sup>

En la fábula que el mundo moderno se repite a sí mismo, la creencia en el progreso es irreconciliable con la religión. En la época oscura de la fe no podía esperarse ningún cambio fundamental en la vida humana. Con la llegada de la ciencia moderna se abrieron nuevos horizontes de mejora. Un conocimiento cada vez más amplio permitía a los seres humanos tomar el control de su destino. Después de haber estado perdidos en las sombras, ya podían salir a la luz.

En realidad, la idea de progreso no es irreconciliable con la religión tal y como este moderno cuento de hadas sugiere. La fe en el progreso es un vestigio tardío del cristianismo primitivo, y se remonta al mensaje de Jesús, un profeta judío disidente que anunciaba el fin de los tiempos. Para los antiguos egipcios, así como para los antiguos griegos, no había nada nuevo bajo el sol. La historia humana se encuadra en los ciclos de la naturaleza. Lo mismo ocurre en el hinduismo y en el budismo, en el taoísmo y en el sintoísmo, así como en las partes más antiguas de la Biblia hebrea. Al crear la expectativa de un cambio

radical en los asuntos humanos, el cristianismo —la religión que san Pablo se inventó a partir de la vida y las palabras de Jesús— fundó el mundo moderno.

En la práctica, los seres humanos continuaron viviendo de manera muy similar a como lo habían hecho hasta entonces. Como escribió Wallace Stevens:

Ella escucha, sobre esa agua sin sonido,  
una voz que grita: «La tumba en Palestina  
no es pórtico de espíritus que se demoren,  
es la tumba de Jesús, donde él yació».  
Vivimos en el viejo caos del sol.<sup>7</sup>

No transcurrió mucho tiempo antes de que la expectativa literal del fin se convirtiera en una metáfora de transformación interior. Aun así, se había producido un cambio en lo que se esperaba del futuro. Antes de que el relato cristiano pudiera renovarse a sí mismo adoptando la forma del mito del progreso, fueron necesarias muchas transmutaciones, pero de ser una sucesión de ciclos como los de las estaciones del año, la historia pasó a ser entendida como un relato de redención y salvación y, en los tiempos modernos, la salvación se asimiló al aumento del conocimiento y del poder: el mito que llevó a Kayerts y a Carlier al Congo.

Conrad utilizó sus experiencias en el Congo en *El corazón de las tinieblas* (1899), pero no para contar un relato de barbarie en tierras lejanas. El narrador cuenta la historia desde un velero amarrado en el estuario del Támesis: Conrad está sugiriendo que la barbarie no es una forma de vida primitiva, sino que se trata de un desarrollo patológico de la civilización. El mismo pensamiento recurre en *El agente secreto* (1907), su novela de espionaje y terrorismo ambientada en Londres. El profesor anarquista, que viaja a todas partes con una bomba en su abrigo que piensa hacer estallar en caso de ser arrestado, quiere creer que la humanidad ha sido corrompida por los gobiernos, que son una institución esencialmente criminal,

pero a juicio de Conrad, no es sólo el gobierno el que está corrompido por el crimen. Todas las instituciones humanas —familias e iglesias, fuerzas policiales y anarquistas— están mancilladas por el crimen. Explicar la bajeza humana mediante la referencia al carácter corrupto de las instituciones nos sugiere una pregunta: ¿por qué los seres humanos tienen tanto apego a esas instituciones corruptas? Obviamente, la respuesta se encuentra en el animal humano.

Conrad muestra al profesor enfrentándose con esta verdad: «Estaba en una calle estrecha, recta, poblada por una mera fracción de una inmensa multitud; pero a su alrededor, una y otra vez, llegando incluso hasta los límites del horizonte, oculta por las enormes pilas de ladrillos, sentía la masa de la humanidad, poderosa debido al número que la formaba. Se apiñaba numerosa como las langostas, laboriosa como las hormigas, irreflexiva como una fuerza de la naturaleza, empujando a ciegas, en orden y absorta, inmune al sentimiento, a la lógica, también al terror, tal vez».<sup>8</sup>

El profesor continúa soñando con un futuro en el que los humanos se regenerarán, pero lo que realmente ama es la destrucción: «el incorruptible profesor caminaba, apartando sus ojos de la odiosa multitud. No había futuro para él. Lo despreciaba. Él era una fuerza. Sus pensamientos acariciaban las imágenes de ruina y destrucción. Caminaba frágil, insignificante, andrajoso, abatido —y terrible en la simplicidad de su idea que llama a la locura y a la desesperación para regenerar el mundo». Si Kayerts se ahorcó porque ya no creía en el progreso, el profesor está dispuesto a matar y morir para probar que aún tiene fe en el futuro.

El mito del progreso arroja un destello de significado sobre las vidas de quienes lo aceptan. Kayerts y Carlier, como tantos otros, vivieron sin hacer nada que pudiera ser descrito como significativo. Pero su fe en el progreso hizo que sus mezquinas argucias parecieran parte de un gran plan, y si bien sus tristes vidas no habían sido representativas de nada, sus muertes terminaron siendo reflejo de la futilidad del hombre.

Cuando Norman Lewis llegó a Nápoles como miembro del cuerpo de inteligencia británico a principios de octubre de 1943, se encontró con una ciudad al borde de la hambruna.

Es impresionante observar cómo una ciudad tan destruida, tan hambrienta, tan desposeída de todo aquello que justifica la existencia de una ciudad, lucha para adaptarse tras caer en condiciones que deben asemejarse a las de la vida en los años oscuros. La gente acampa como si fueran beduinos en desiertos de ladrillo. Escasean los alimentos y el agua, y no hay ni sal ni jabón. Durante los bombardeos muchos napolitanos han perdido sus posesiones, incluida su ropa, y en las calles he observado algunas extrañas combinaciones de ropajes: he visto a un hombre que llevaba un viejo esmoquin con pantalones bombachos y botas militares, y a varias mujeres que llevaban vestidos de encaje, probablemente confeccionados con la tela de viejas cortinas. No hay automóviles, sino cientos de carretas y algunos carruajes antiguos como calesas o faetones tirados por caballos escuálidos. Hoy en Posillipo me he detenido para observar cómo unos cuantos jóvenes desmembraban metódicamente un semioruga alemán que se había quedado varado; lo consumían como hormigas podadoras, llevándose piezas de metal de todas las formas y tamaños [...]. Todo el mundo improvisa y se adapta.<sup>9</sup>

En *Nápoles 44*, el libro que escribió sobre estas experiencias y que se publicó por primera vez en 1978, Lewis presenta una imagen de la situación que se vive después del derrumbe de la civilización. Bajo el impacto de las plagas —una epidemia de tifus llegó a la ciudad poco después de la liberación y la sífilis estaba muy extendida—, los habitantes estaban rodeados por la muerte y la enfermedad. Pero más allá de la lucha contra la enfermedad había otra lucha que los consumía por entero: la brega diaria por mantenerse con vida.



La vida de Lewis estaba guiada por su empeño en escapar de las restricciones de la Inglaterra de entreguerras.<sup>10</sup> Nació y pasó la mayor parte de su infancia en Enfield, a las afueras de Londres, y se casó con la hija de un miembro de la mafia siciliana que había ido a parar a Bloomsbury. Tras haber logrado entrar ilegalmente en Estados Unidos dentro de un ataúd, el futuro suegro de Lewis decidió volver a Europa después de que su apartamento en Nueva York fuera ametrallado. Parece que fue este siciliano quien financió la aventura de Lewis en los negocios como propietario de «R. G. Lewis», una tienda de fotografía que monopolizó durante un tiempo el mercado británico de cámaras Leica. Según cuenta Lewis, después de un encuentro en esta tienda, fue reclutado como agente de la inteligencia británica en febrero de 1937 y enviado en una misión a Yemen, adonde viajó en *dhow*, únicamente para ver cómo le denegaban la entrada a aquel país todavía feudal. En el camino de vuelta a casa se hizo amigo de un arqueólogo británico, quien parece que fue el responsable de que Lewis se uniera a los servicios secretos.

Cuando Lewis tocó tierra en 1943 en la playa de Paestum, al sureste de Nápoles, observó que «una extraordinaria falsa serenidad residía en la vista tierra adentro». La playa estaba cubierta de cadáveres, «puestos en fila, unos junto a otros, hombro con hombro, con extrema precisión, como si estuvieran a punto de presentar armas en una inspección realizada por la muerte». En tierra, con el sol hundiéndose en el mar a su espalda, Lewis se fijó en «los tres templos perfectos de Paestum, rosados, resplandecientes y gloriosos bajo los últimos rayos de sol». En el campo que quedaba entre él y los templos había dos vacas muertas patas arriba. Lewis escribe cómo esa imagen le llegó «como una iluminación, una de las grandes experiencias de la vida».

Según cuenta Lewis, cuando Nápoles fue liberada por los aliados, toda la población estaba sin trabajo y se dedicaba al pillaje para conseguir comida. La liberación había sido precedida por bombardeos masivos en los que los barrios obreros

habían sido destruidos y se había cortado el suministro de agua y de electricidad. Las bombas de acción retardada que dejaron los alemanes eran un peligro añadido. Sin actividad económica, los habitantes rapiñaban cualquier cosa que estuviera a su alcance, incluyendo los peces tropicales del acuario de la ciudad. Miles de personas apiñadas en el espacio de un acre vivían a base de sobras de casquería de los mataderos, de cabezas de pescado y de gatos que cazaban por la calle. Había familias que buscaban setas y dientes de león en el campo y que ponían trampas para atrapar pájaros. Ignorados por la administración aliada, había un próspero mercado negro de medicinas.

Con todo a la venta, cualquier cosa que pudiera moverse —estatuas de las plazas, postes de telégrafo, ampollas de penicilina e instrumental médico, barcos pequeños, lápidas, gasolina, neumáticos, colecciones de los museos, puertas de bronce de una catedral— podía ser robado. Gentes hasta entonces de clase media se dedicaban a vender joyas, libros y cuadros a domicilio; un cura «sonriente de labios blanquecinos» vendía paraguas, candelabros y ornamentos tallados en huesos robados de las catacumbas, mientras que alrededor de un tercio de las mujeres de la ciudad vendían sexo de forma ocasional o con regularidad. Lewis dejó constancia de que lo visitó un príncipe local, dueño de un palacio cercano y propietario absentista de una finca de considerable tamaño, que había caído en desgracia. El príncipe hacía de informador, pero en esa visita venía acompañado de su hermana para comentar la posibilidad de que le encontraran un lugar en un burdel militar. Cuando Lewis le explicó que el ejército británico no contaba con ese tipo de instituciones, el príncipe se quedó desconcertado. «Una lástima», dijo. Luego, dirigiéndose a su hermana, que como él hablaba inglés perfectamente, el príncipe se compadeció: «Qué le vamos a hacer, Luisa, supongo que si no puede ser, no puede ser».

La ley y el orden que existían eran los que proporcionaba la camorra. Aunque en un principio había sido «un sistema de autoprotección contra los matones y los recaudadores de

impuestos de una sucesión de gobiernos extranjeros», la organización no era entonces mucho más que un fraude. La policía y los juzgados estaban completamente corrompidos. Con la esperanza de imponer ciertos límites en el mercado negro, Lewis decidió arrestar a un defraudador involucrado en el contrabando de penicilina. «Elegante e impasible», el defraudador le dijo a Lewis: «Esto no te va a hacer ningún bien. ¿Quién eres? Eres un don nadie. Estuve cenando con cierto coronel anoche. Si estás cansado de la vida en Nápoles, puedo hacer que te envíen a otra parte. El defraudador fue enviado a prisión, y cuando Lewis fue a visitarlo a su celda lo encontró disfrutando de una buena comida, que le invitó a compartir con él. El caso no progresó. El testigo con cuyo testimonio contaba Lewis se negó a testificar y se determinó que el defraudador necesitaba una cura que requería que lo ingresaran en un hospital. Estaba efectivamente más allá de la justicia. Cuando Lewis informó de la situación a sus superiores, éstos le dijeron que les sorprendía que tuviera tiempo para insistir en ese asunto.

Lewis acabó viendo sus intentos de introducir algo cercano a la justicia en la ciudad como carentes de sentido, incluso perjudiciales. «El hecho es que hemos desestabilizado el equilibrio natural de este lugar. Yo en particular he sido rígido cuando debía haber sido flexible. Aquí la policía —tan corrupta y despótica— y la población civil juegan a un mismo juego, pero las reglas son complicadas y yo no las comprendo y, por no comprenderlas, me pierden el respeto». Lewis también escribió *La honorable sociedad: la mafia siciliana y sus orígenes* en 1964, un estudio de la organización criminal bastante comprensivo con ésta.

En las condiciones que Lewis presenció en Nápoles, ya no cabía moralidad alguna. En su autobiografía *I Came, I Saw* [«Vine, vi»] (1985), cuenta la historia de los prisioneros soviéticos que habían conseguido llegar a la ciudad, donde fueron confinados y luego enviados a un barco de transporte de tropas. Lewis descubrió cómo habían sobrevivido al cautiverio alemán.

Pasé muchas horas escuchando las experiencias de aquellos últimos supervivientes y descubrí que por cada prisionero soviético que había conseguido atravesar el horno abrasador de los campos de concentración alemanes, un centenar había encontrado en ellos una muerte infame. Uno de los supervivientes, un pastor de Tayikistán de diecinueve años que se encontraba entre los que habían sido reunidos y enviados a campos de concentración, recordaba cómo un alemán con gafas y de corta estatura bastante amable se dirigió a los prisioneros en ruso utilizando un megáfono y les dijo: «Sois muchos más de los que esperábamos. Sólo hay comida para mil y sois diez mil, así que sacad vuestras propias conclusiones».<sup>11</sup>

Lewis describe cómo para los prisioneros que habían conseguido salir de los campos en los que cuatro o cinco millones habían perecido «el primer obstáculo que habían tenido que superar era su propia aversión al canibalismo. Aprendí que todos los hombres que se encontraban en el barco sabían lo que era comer carne humana. La mayoría lo admitía sin dudarlo y, en ocasiones, sorprendentemente —como si al confesarlo se liberaran psicológicamente—, parecían encantados de hacerlo. De cuclillas, en medio del fétido crepúsculo que reinaba bajo la cubierta, como si relataran alguna lúgubre fábula asiática, describían los gritos, las desgarradoras peleas que tenían lugar a veces cuando moría un hombre, cuando los prisioneros luchaban como perros rabiosos para atiborrarse con el cadáver antes de que los alemanes se lo llevaran a rastras».<sup>12</sup>

Después de haber sobrevivido a los campos de concentración alemanes y de haber prestado servicio en el ejército alemán, los prisioneros tenían miedo de ser repatriados a la Unión Soviética. Se calmaron un poco cuando consiguieron convencer a los británicos de que les proporcionaran uniformes caquis. Los prisioneros pensaban que si llevaban los uniformes británicos las autoridades soviéticas los tratarían como si fueran aliados. Los británicos, sospechando que el futuro que les aguardaba a los prisioneros no sería benévolo, prefirieron

no indagar demasiado sobre su destino. El caso es que cuando tuvo lugar el traspaso, la mayoría de los últimos supervivientes fueron fusilados, y el resto, enviados a un gulag.

Como resultado del tiempo que pasó en Nápoles, Lewis sufrió una conversión. La experiencia tuvo lugar cuando un grupo de niñas de entre nueve y doce años apareció en la entrada del restaurante en el que estaba comiendo. Las niñas eran huérfanas que habían sido atraídas hasta allí por el olor de la comida. Cuando se dio cuenta de que estaban llorando y eran ciegas, supuso que los que estaban comiendo allí, como él, reaccionarían de alguna manera, pero nadie se movió. A las niñas las trataron como si no existieran: «Tenedores llenos de comida se introdujeron en las bocas abiertas, el soniquete de la conversación continuó, nadie reparó en sus lágrimas».

Al reflexionar sobre la escena, Lewis concluyó: «aquella experiencia cambió mi forma de ver las cosas. Hasta ese momento me había apegado a la reconfortante creencia de que los seres humanos aprenden a sobrellevar el dolor y el sufrimiento. Entonces comprendí que estaba equivocado y, como san Pablo, experimenté una conversión, pero hacia el pesimismo. [...] Sabía que, condenadas a la oscuridad eterna, al hambre y a estar perdidas, continuarían llorando incesantemente. Nunca se recuperarían de ese dolor y yo nunca me recuperaría de su recuerdo».

La conversión de Lewis no impidió que siguiera disfrutando de la vida. En años posteriores afirmó que lo que más le interesaba era cultivar lirios, y producía algunos de los ejemplares más peculiares en Inglaterra. Aun así, continuó viajando bastante. Con independencia de que trataran de la destrucción de las antiguas civilizaciones del Sureste Asiático por décadas de guerra o de cómo pueblos tradicionales del Amazonas fueron esclavizados por misioneros cristianos, los libros que continuó escribiendo durante su dilatada vida (murió en 2003, a los noventa y cinco años) dan muestra de una melancolía que se resistía a partir y se mezclaba con lo que él describía como «la intensa alegría que me produce el hecho de estar vivo».

La vida en Nápoles en 1944 no cambió a Curzio Malaparte como había cambiado a Lewis.<sup>13</sup> Escritor y soldado, arquitecto y compositor, coordinador de prensa en la Conferencia de Paz de Versalles de 1919, autor de un manual sobre la técnica del golpe de Estado que se sigue consultando hoy día, Malaparte estaba en Nápoles al mismo tiempo que Lewis, quien dijo haber visto momentáneamente su «rostro encantado» en una fiesta en la cercana isla de Capri. Al poco de llegar a Nápoles, Malaparte ofreció sus servicios a los libertadores y pronto se aseguró un puesto como oficial de enlace italiano con el alto mando estadounidense. Al parecer, durante esa época también se convirtió en un activo para la inteligencia estadounidense.

Para Malaparte, la lucha por la vida después de la liberación de la ciudad fue peor que cualquier cosa que ocurriera durante la guerra:

Antes de la liberación habíamos luchado y habíamos sufrido para *no morir*. Pero ahora estábamos luchando y sufriendo para *vivir*. Hay una profunda diferencia entre luchar para evitar la muerte y luchar para vivir. Cuando los hombres luchan para evitar la muerte mantienen su dignidad, y todos —hombres, mujeres y niños— la defienden celosamente, con tenacidad y fiereza [...]. Cuando los hombres luchan para evitar la muerte se aferran con una tenacidad nacida de la desesperación a todo lo que constituye la parte eterna y viviente de la vida humana, la esencia, el elemento más noble y más puro de la vida: la dignidad, el orgullo, la libertad de conciencia. Luchan por salvar sus almas. Pero después de la liberación los hombres tenían que luchar para vivir... Es algo humillante, horrible, una vergonzosa necesidad, una lucha por la vida. Sólo por la vida. Sólo por salvar el pellejo.<sup>14</sup>

Al contemplar la lucha por la vida en la ciudad, Malaparte presencié el desplome de la civilización. Las personas que los habitantes habían imaginado ser —formadas, aunque sea de manera imperfecta, por las ideas del bien y del mal— desaparecieron.

Lo que quedaba eran animales hambrientos, dispuestos a hacer cualquier cosa para seguir viviendo, pero no animales del tipo de los que matan y mueren inocentemente en los bosques y en las selvas. Carentes de una imagen de sí mismos como la que los humanos aprecian, otros animales se contentan con ser lo que son. Para los seres humanos, la lucha por la supervivencia es una lucha contra sí mismos.

Malaparte llamó al libro en el que relató su período en Nápoles *La piel*. Apareció en 1949 y fue incluido en el índice de libros prohibidos del Vaticano, y no sin razón. Malaparte argumentaba que si los napolitanos sufrieron menos que otros europeos cuando se desplomó la civilización fue porque nunca habían sido profundamente cristianos. Habían aceptado de manera superficial la religión que había conquistado Europa como una continuación de cultos más antiguos. No había penetrado en sus almas. En consecuencia, les fue más fácil renunciar a su propia imagen de entes morales.

Retrato surrealista de las experiencias del autor más que narración literal de los hechos, *La piel* relata conversaciones que el autor imagina haber tenido con los libertadores estadounidenses. En una de ellas habla líricamente de la singularidad de Nápoles: «Nápoles es la ciudad más misteriosa de Europa. Es la única ciudad del Mundo Antiguo que no ha perecido como Nínive, Ilión o Babilonia. Es la única ciudad del mundo que no se fue a pique en el colosal naufragio de la antigua civilización. Nápoles es una Pompeya que nunca fue enterrada. No es una ciudad: es un mundo, el antiguo mundo precristiano que ha sobrevivido intacto en la superficie del mundo moderno».

Desde el punto de vista de Malaparte, Nápoles era una ciudad pagana con un antiguo sentido del tiempo. El cristianismo enseñó a sus conversos a pensar en la historia como la evolución de un único argumento, un drama moral de pecado y redención. En el Mundo Antiguo no existía tal argumento, sólo una multitud de historias que se repetían para siempre. Como los napolitanos eran habitantes de ese Mundo Antiguo,

no esperaban ninguna alteración fundamental en los asuntos humanos. Como no habían aceptado la historia cristiana de redención, no habían sido seducidos por el mito del progreso. Como nunca habían creído que la civilización fuera algo permanente, no se sorprendieron cuando ésta se fue a pique.

Si hemos de creer a Malaparte, la visión de Nápoles en ruinas no le generó la melancolía que había dominado a Lewis. Al contrario, el espectáculo le infundió ánimos. En *Kaputt*, el relato semificticio de sus viajes por la Europa ocupada por los nazis publicado en 1944, Malaparte escribió:

Nunca me había sentido tan cercano a la gente, yo, que hasta entonces siempre me había sentido como un extraño en Nápoles, nunca me había sentido tan cercano a la multitud, que hasta ese día me había parecido tan diferente y ajena. Estaba cubierto de polvo y sudor, con el uniforme desgarrado, sin afeitarse, la cara y las manos sucias y grasientas. No hacía más que unas horas que había salido de la cárcel y en aquella multitud encontré un calor humano, un afecto humano, un compañerismo humano, un desconsuelo como el mío, aunque más grande, más profundo y tal vez más real y más antiguo. Era un sufrimiento consagrado por su propia antigüedad, su fatalismo y su naturaleza misteriosa, comparado con el cual, el mío era únicamente humano, nuevo, sin ningún tipo de raíces profundas en mi propia época. Un sufrimiento desprovisto de desesperación y aligerado por una esperanza grande y hermosa, comparado con el cual mi mediocre y pequeña desesperanza no era más que un sentimiento insignificante que me hacía sentir avergonzado.<sup>15</sup>

El pesar de Malaparte era ligero comparado con el de los napolitanos, y es posible que fuera porque se cuidaba de no sufrir como ellos. En *Kaputt* se describe a sí mismo como un disidente que se burla de sus anfitriones nazis mientras bebe y cena con ellos por toda Europa. En realidad, volátil y desleal, siempre estaba dispuesto a cambiar de bando en la búsqueda



de las sensaciones que ambicionaba. Fue uno de los poquísimos corresponsales de guerra a los que se les permitió acompañar a las tropas alemanas en el frente oriental en el verano de 1941, cuando éstas invadieron la Unión Soviética, y decidió ir allí únicamente porque para él la guerra era la experiencia estética suprema. Pero no siempre es posible saber qué presencié y qué imaginé posteriormente.

En ocasiones su relato parece deliberadamente fantástico. En *Kaputt* nos cuenta cómo llegó a un lago cubierto de hielo en las tierras vírgenes finesas en el que cientos de caballos habían muerto y se habían congelado: «El lago parecía una extensa lámina de mármol sobre la que se apoyaban cientos y cientos de cabezas de caballos. Parecían haber sido cortadas limpiamente con un hacha. Sólo las cabezas sobresalían por encima de la corteza de hielo. Y todas miraban hacia la orilla. La blanca llama del terror seguía viva en sus ojos abiertos como platos. Cerca de la orilla una maraña de caballos encabritados se alzaba sobre sus cuartos traseros por encima de la prisión de hielo».<sup>16</sup>

Si Malaparte llegó a ver algo que pudiera parecerse a semejante escena, jamás lo podremos saber. ¿Eran escenas como ésta versiones surrealistas de acontecimientos reales? ¿O estaba narrando alucinaciones que experimentó realmente? Lo que está claro es que era ese tipo de escenas lo que fue a ver al frente.

En la mayoría de los casos, las crónicas de Malaparte desde el frente eran realistas y precisas.<sup>17</sup> En algunos casos también eran proféticas. Cuando predijo que la guerra con la Unión Soviética sería larga y que su resultado sería incierto, fue expulsado por los alemanes y puesto bajo arresto domiciliario por Mussolini.

Malaparte sostenía que disfrutaba viviendo en los bosques. Puede que esto no fuera completamente cierto —también sostenía que cuando era más feliz era cuando se relajaba en hoteles de lujo—, pero había algo genuino en sus aseveraciones: un sentimiento de desprecio hacia sí mismo. En el bosque —escribió— los humanos se volvían auténticamente humanos:

Nada hace a los hombres tan mutuamente hostiles, nada tiene un poder comparable para inquietarlos y enfrentarlos entre sí, nada los hace tan insensibles e inexorables como la violencia preternatural del bosque. En el bosque, el hombre vuelve a descubrir sus instintos originales. Sus impulsos animales más primitivos vuelven a la superficie, se abren paso a través del delicado entramado de sus nervios, reaparecen al otro lado de su fina capa de civilizadas convenciones e inhibiciones en toda su exquisita y escuálida virginidad.

Si a Malaparte le gustaba la vida en las tierras vírgenes era porque eso le ayudaba a olvidar que era un ser humano moderno del tipo que despreciaba. Los antiguos paganos no imaginaban que la humanidad había sido corrompida por la civilización. Sabían que lo que aflora cuando la civilización se desmorona es sólo la barbarie, una enfermedad de la civilización. No hay dos tipos de seres humanos, el salvaje y el civilizado. Sólo existe el animal humano, en guerra consigo mismo para siempre.

Después de la guerra, alegando que veía en el maoísmo una fuerza de renovación espiritual, Malaparte giró hacia la izquierda y, cuando murió, estaba planeando una visita a China. En sus últimos días fue recibido en el seno de la Iglesia católica y, más o menos al mismo tiempo, fue aceptado como miembro del Partido Comunista Italiano. ¿Estaba haciendo una sensata retirada de su esteticismo pagano al tiempo que su vitalidad se extinguía? ¿O fue esta doble conversión una prueba de su paganismo, un acto de devoción de última hora hacia los cultos locales? Independientemente de cuál sea la respuesta, parece que Malaparte murió habiéndose aceptado a sí mismo.

#### TINTA INVISIBLE, PIEL ARRANCADA Y HORMIGAS BLANCAS

El relato que Arthur Koestler nos ofrece de la carrera del protagonista central de su novela *El cero y el infinito* (1940) incluye muchos paralelismos con la vida del propio Koestler.

Rubashov, un comunista condenado por falsas acusaciones de traición al Estado soviético que él mismo había contribuido a establecer, tiene una experiencia mística mientras espera su propia ejecución en su celda, en la que la perspectiva de la muerte ya no tiene importancia. Detenido y condenado a muerte acusado de ser un espía comunista por las fuerzas de Franco durante la guerra civil española, Koestler había tenido una experiencia similar. En su descripción de cómo su forma de ver el mundo había cambiado, escribió: «En mi juventud imaginaba el mundo como un libro abierto, impreso en el lenguaje de las ecuaciones físicas y los determinantes sociales, mientras que ahora aparece ante mí como un texto escrito en tinta invisible».<sup>18</sup>

Lo que Koestler creía que había llegado a entrever era un texto cuyo significado no podía traducirse en palabras. Tanto para el escritor como para su álter ego de ficción, la experiencia suponía abandonar la certeza de que sólo existe el mundo material. Al final de la novela, Rubashov es ejecutado. Intercambiado por un prisionero retenido por las fuerzas republicanas, Koestler fue liberado y pasó el resto de su vida intentando entender lo que había visto en la celda.

Koestler tituló al recuento de su experiencia mística *La escritura invisible*, y se publicó en 1954. El libro es el testimonio de su descubrimiento de que «existía un orden de realidad más elevado y únicamente ese orden investía a la existencia de significado». Incluso en el momento en el que se evaporó, al irse la experiencia dejó:

... una esencia sin palabras, una fragancia de eternidad, un estremecimiento de la flecha en el aire [...]. Debo haber permanecido así durante unos minutos, en un trance, en la conciencia sin palabras de que «esto es perfecto, perfecto», hasta que percibí una ligera queja en el fondo de mi mente, una circunstancia trivial que malograba la perfección del momento. Entonces recordé la naturaleza de esa molestia irrelevante: yo estaba, por supuesto, en prisión, y existía la posibilidad de que

me fusilaran. Pero a esto siguió inmediatamente una respuesta en la forma de un sentimiento que traducido en palabras sería el siguiente: «¿Y qué?, ¿eso es todo?, ¿no tienes nada más serio de lo que preocuparte?», una respuesta tan fresca, espontánea y divertida como si el problema que causara esa molestia hubiera sido la pérdida de unos botones para el cuello de una camisa. Entonces me encontré flotando boca arriba en un río de paz, bajo puentes de silencio, un río que no venía de ninguna parte y no iba a ninguna parte. Y entonces no había río ni había «yo». El «yo» había dejado de existir.

Cuando a principios de los años treinta Koestler se convirtió en agente de la Internacional Comunista, que estaba controlada por la Unión Soviética, fue en parte como resultado de una necesidad de orden intelectual. Había visto la luz —la luz de la razón— y se había encontrado una pauta. Mientras leía *El Estado y la revolución* de Lenin, «algo hizo clic en mi cerebro y me sacudió como una explosión mental. Decir que uno “ha visto la luz” sería una pobre descripción del arrebató mental que sólo los conversos conocen [...]. La nueva luz parece surgir a través de la piel, todo el universo encaja en un patrón, como las piezas desperdigadas de un enorme rompecabezas que se ordenan con un solo toque como por arte de magia».<sup>19</sup>

La búsqueda de un patrón en los acontecimientos lo llevó al marxismo-leninismo, que proclamaba haber descubierto que la lógica de la historia. Al haber descubierto el patrón, Koestler y sus compañeros comunistas se sintieron obligados a ser despiadadamente consecuentes con él.

Mientras trabajaba para la Internacional Comunista, Koestler viajó a Ucrania durante la hambruna en la que entre cuatro y ocho millones de campesinos (es imposible determinar los números con precisión) murieron como resultado de la confiscación del grano para su exportación. Testigo de esta hambruna masiva, Koestler utilizó el periodismo para restar argumentos a los informes que hablaban de escasez de comida: escribió que únicamente unos pocos campesinos ricos habían

sufrido seriamente. A veces era despiadado de una manera más personal. Mientras viajaba por la Unión Soviética bajo los auspicios del partido, tuvo una aventura con una atractiva joven que pertenecía a la vieja clase alta, a la que después denunció a la policía secreta. Más tarde sentiría remordimientos por haber traicionado a aquella mujer, pero en esa época los destinos de los individuos parecían no importarle, ni siquiera si el individuo era él mismo.

Después de dedicar su vida a un modelo de la historia, Rubashov acabó como una víctima más de la historia. Koestler también dedicó parte de su vida a un modelo, únicamente para encontrar un patrón que no estaba en la historia, sino fuera del tiempo. Al parecer nunca aceptó que el caos pudiera ser definitivo. El mundo tenía que ser racional, incluso si su lógica no podía ser entendida por la razón de los humanos.

Koestler estaba poseído por una búsqueda de soluciones totales, y no es difícil llegar a la conclusión de que le habría ido mejor si se hubiera dedicado a buscar la mejora progresiva. Aun así, esta acusación, hecha por generaciones de liberales bien asentados, muestra una falta de entendimiento de la situación a la que Koestler se enfrentaba. Los humanistas liberales creen que la humanidad avanza hacia un mundo mejor escalonadamente, despacio, poco a poco: mientras que las visiones utópicas pueden resultar inalcanzables, la mejora gradual siempre es posible. Esta filosofía, a veces llamada meliorismo, se presenta como irreconciliable con cualquier forma de pensamiento utópico. En la Europa de entreguerras, sin embargo, era la propia idea del progreso gradual la que era verdaderamente utópica.

Una impresión de que el mundo estaba sumiéndose en el caos dio forma a la generación de Koestler. Nacido en 1905 en el seno de una familia judía próspera y sumamente cultivada, Koestler experimentó el desmoronamiento de la civilización burguesa en Europa. Se asignó a sí mismo el papel del enemigo a muerte de la burguesía y, como comunista, terminó siéndolo. En otro nivel, se encaminó hacia el comunismo a fin de renovar

la vida burguesa y darle una forma más duradera. Enfrentado al caos de la Europa de entreguerras, Koestler sustituyó la ilusión del avance gradual por un mito de transformación revolucionaria. No pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta de que también se trataba de una ilusión.

En *Escoria de la tierra* (1941), Koestler describe su vuelta a Francia después de que lo liberaran en España. Cuando estalló la guerra, fue internado en un campo y posteriormente liberado. Tuvo un último encuentro con el crítico literario Walter Benjamin, quien le dio la mitad de sus píldoras de morfina para que se las tomara en caso de que los nazis lo atraparan. Benjamin huyó hasta la frontera francesa con España, donde se tomó aquellas píldoras para acabar con su vida. A pesar de haber considerado el suicidio seriamente en varias ocasiones, llegando incluso a tragarse parte de las pastillas de Benjamin, Koestler eludió la muerte, en parte fortuitamente y en parte gracias a sus propios recursos. Se unió a la Legión Extranjera para, más tarde, desertar y escapar de Francia vía África y Lisboa, hasta alcanzar Inglaterra en avión el 6 de noviembre de 1940.

Además de un informe de los hechos que llevaron a la desintegración de la sociedad francesa bajo la ocupación alemana, *Escoria de la tierra* es también un ejercicio de autoexploración. Al observar desde la primera fila la caída de Francia, Koestler abandonó las creencias que habían guiado su vida hasta entonces. Había imaginado que la humanidad anhela la libertad. Ahora, sin embargo, pensaba que los seres humanos eran unos irracionales incorregibles. «Tal vez el don de Hitler no era la demagogia ni la mentira, sino el acercamiento fundamentalmente irracional a las masas, la llamada a la mentalidad prelógica y totémica».<sup>20</sup>

En su búsqueda de una metáfora con la que capturar el derumbe de Francia, Koestler recurrió al mundo de los insectos. Escribe que cuando escuchó la noticia de que Sedan, donde las fuerzas francesas y británicas habían estado resistiendo el avance alemán, había sido evacuada, estaba leyendo *La vida de*

*los termes* (1926), del escritor belga Maurice Maeterlinck, un estudio de las hormigas blancas. Maeterlinck había escrito que toda esta destrucción:

... tiene lugar sin que uno perciba un alma viviente. Puesto que estos insectos son ciegos, tienen el don de cumplir con su tarea sin ser vistos. Realizan su trabajo protegidos por el silencio, y sólo un oído alerta es capaz de reconocer el ruido que hacen millones de mandíbulas en la noche devorando la estructura del edificio y preparando su derrumbe [...]. Un hacendado entra en su casa después de una ausencia de cinco o seis días; aparentemente todo está tal y como lo dejó, nada ha cambiado. Se sienta en una silla y ésta se desmorona, se agarra a la mesa para recuperar el equilibrio y ésta se deshace en pedazos entre sus manos. Se apoya en el pilar central, que cede y hace que se venga abajo el tejado en una nube de polvo.

La experiencia de Koestler de la caída de Francia fue similar a la del hacendado después de entrar en su casa. «Ése fue el momento en el que la silla sobre la que estábamos sentados se rompió. Lo que vino después no fue más que tambalearse y balancearse en una casa que se desmoronaba, en la que cualquier cosa a la que uno tratara de agarrarse se convertía en un puñado de polvo al tocarla».

Koestler entendió un hecho con el que los liberales melioristas se negaban enfrentarse: el progreso gradual a menudo es imposible. Cuando los acontecimientos hicieron añicos la ilusión del progreso gradual, Koestler, como tantos otros de su generación, comenzó a pensar que las catástrofes eran una parte necesaria del avance de la humanidad. La hambruna y la guerra civil, el exterminio y las dictaduras brutales, todo eran etapas en el camino hacia un mundo mejor que cualquiera de los que hubieran existido previamente.

En tanto que se para salir del paso, esto tenía algunas ventajas. Los conflictos homicidas de la Europa de entreguerras podían considerarse una etapa necesaria de la cual emergería el

orden. Como Koestler pronto pudo observar, el proyecto en el que esta fe se encarnaba —el experimento soviético— no era más que otro desastre. A millones de personas les arrancaron la piel para poder coserles una nueva sobre sus cuerpos ensangrentados. Muchos de los sujetos del experimento perecieron, y los que sobrevivieron lo hicieron en su vieja carne humana, llena de cicatrices. Pero cuando trabajaba por la causa soviética, Koestler no estaba faltando a ningún elevado ideal liberal de mejora racional. Actuaba en función de una valoración de la situación europea que era totalmente realista.

El desastre definitivo de una Europa gobernada por los nazis se pudo evitar, pero Koestler no volvió a caer en la fe liberal en el progreso gradual. En su lugar, se retiró de la política. Posteriormente, se dedicó al estudio de la psicología paranormal y de tendencias no ortodoxas de la biología, con la esperanza de que pudieran dotar de base científica a la experiencia que había tenido en la celda de la cárcel. No consiguió encontrar lo que estaba buscando. Enfermo de leucemia y de Parkinson, se suicidó junto con su mujer en 1983.

Las incursiones de Koestler en la parapsicología y el misticismo se tachan con facilidad de fantasías. Como mucho, se consideran especulaciones interesantes. Aun así, no son tan fantasiosas como la idea de que la humanidad está ascendiendo lentamente hacia una civilización más elevada.

## LA CRIPTA DE LOS CAPUCHINOS

En su autobiografía *El mundo de ayer* (1942), el escritor Stefan Zweig describía el imperio austro-húngaro en el que había crecido como «un mundo de seguridad»:

Todo en nuestra monarquía austríaca casi milenaria parecía asentarse sobre la permanencia, y el propio Estado parecía la garantía suprema de esta estabilidad [...]. Nuestra moneda, la corona austríaca, circulaba en relucientes piezas de oro, una



garantía de su inmutabilidad. Todo el mundo sabía cuánto tenía o cuánto le correspondía, qué le estaba permitido y qué prohibido. [...] En aquel vasto imperio todo ocupaba el lugar que le correspondía, firme e inmutable, y a la cabeza estaba el anciano emperador; y si éste se moría, uno sabía (o creía) que otro vendría a ocupar su lugar, y que nada cambiaría en el bien calculado orden. Nadie pensaba en las guerras, las revoluciones o las subversiones. Todo lo radical, toda la violencia, todo parecía imposible en aquella era de la razón.<sup>21</sup>

La visión de Zweig deja fuera gran parte de lo que contenía de fraudulento y de incierto del imperio de los Habsburgo. Aun así, el mundo descrito por Zweig sí que existió hasta que la Primera Guerra Mundial terminó con él. Por gran parte de Europa, ejércitos enfrentados de desposeídos lucharon por el poder en lo que pronto se convirtió en una lucha a muerte. Con la ayuda de Woodrow Wilson, el profeta estadounidense de la autodeterminación nacional que selló la destrucción del orden de los Habsburgo en la Conferencia de Paz de Versalles, Europa se convirtió en un campo de batalla de grupos étnicos. Las clases medias estaban arruinadas por los vaivenes de la economía, que había pasado de la inflación a la deflación para volver a la hiperinflación, mientras que los trabajadores sufrían las consecuencias del desempleo masivo. Los grupos políticos se escindían en sectores extremistas: los fascistas y los comunistas rechazaban la democracia, y los partidos moderados se mostraban incapaces de hacerse fuertes en el espacio que quedaba en el centro.

El antiguo orden había saltado por los aires y no había nada con lo que remplazarlo. No sólo estaban en conflicto los intereses y objetivos de grupos étnicos y sociales. Los ideales y los valores se oponían de manera irreconciliable. En estas circunstancias, la mejora progresiva no era más que otro sueño utópico. El progreso en la civilización sólo es posible en los interludios durante los cuales la historia está en reposo.

En *La cripta de los capuchinos*, una novela corta publicada en 1938, Joseph Roth plasmó uno de esos últimos momentos

que tuvo lugar durante su vida al describir una estación de ferrocarril en el verano de 1914:

La estación de ferrocarril era pequeña [...]. Todas las estaciones de ferrocarril se parecían entre sí en el antiguo imperio austro-húngaro. Eran pequeñas y estaban pintadas de amarillo, como gatos perezosos yaciendo en la nieve en invierno y en verano, protegidas por el tejado de cristal sobre el andén y vigiladas por el águila doble negra sobre fondo amarillo. El oficial era el mismo en cualquier parte, tanto en Siploje como en Zlotograd, con la barriga embutida en el inofensivo uniforme azul y llevando bajo el negro cinturón una campana cuyo agudo tintineo anunciaba la salida de los trenes. En Zlotograd también, como en Sipolje, colgaba por encima de la oficina del jefe de la estación, en el andén, el aparato de hierro negro a través del cual, milagrosamente, sonaba el distante timbre metálico del teléfono, delicadas y encantadoras señales de otros mundos que le hacían a uno preguntarse por qué se refugiaban en una estructura tan pequeña pero tan pesada. En la estación de Zlotograd, al igual que en la de Sipolje, el oficial saludaba a la llegada y a la salida de los trenes, y su saludo era una especie de bendición militar.<sup>22</sup>

Ese mundo se terminó con la Primera Guerra Mundial y sus secuelas. El desencadenante de la catástrofe fue un asesinato que muy bien podría no haber ocurrido. Gavrilo Princip, el nacionalista serbio que disparó a Francisco Fernando causándole la muerte el 28 de junio de 1914, formaba parte de una banda que había intentado hacer volar al archiduque por los aires justo después de las diez de la mañana del mismo día. Francisco Fernando se tomó a broma aquel atentado fallido, y la comitiva prosiguió su camino para cumplir con un compromiso oficial. Una vez terminado el evento, Francisco Fernando volvió a su coche, que se puso en marcha junto con el resto de la comitiva. Pero el conductor se equivocó en un giro y el coche se detuvo, entonces Princip, que se había dirigido a una *delicatessen* cercana después del atentado fallido, tuvo la oportunidad de disparar a quemarropa al archiduque. Si el conductor no hubiera

girado donde lo hizo, si el coche no se hubiera calado o si Princip no hubiera ido a la *delicatessen*, el asesinato no habría tenido lugar, pero ocurrió y al asesinato siguió todo lo demás.

Al reconsiderar el reinado de los Habsburgo desde el punto de vista privilegiado de la Europa de los años treinta, la imagen que Roth nos proporciona está considerablemente embellecida por la memoria. Aun así, es cierto que el mundo cuya pérdida lamentaba carecía de las peores lacras humanas del mundo que estaba por venir. El imperio austro-húngaro no era un Estado moderno, ni siquiera durante los sesenta y pico años del reinado de su último emperador, Francisco José, cuando acogió los últimos avances en la tecnología moderna, como el ferrocarril y el teléfono. En el destartalado orden de Francisco José, algunos males antiguos, que Estados más modernos reviven en su búsqueda de un mundo mejor, parecían haberse suavizado. La tortura había sido abolida por la emperatriz María Teresa en 1776. El odio y la intolerancia no estaban ausentes —la Viena de finales del siglo XIX tenía un virulento alcalde antisemita, por ejemplo—. En cualquier caso, la falta de democracia en el sistema de los Habsburgo servía como barrera contra los movimientos xenófobos de masas que se extenderían más tarde por Europa Central. Los habitantes del imperio no eran ciudadanos, sino súbditos, un estatus que les privaba del placer de justificar el odio haciendo referencia a ideales de autogobierno. Sólo en el curso de la lucha por la autodeterminación nacional empezó a creerse que cada ser humano tenía que pertenecer a un grupo definido en oposición a los demás.

Roth analizó este proceso en la novela corta *El busto del Emperador* (1935). Roth escribe que unos años antes de la Gran Guerra:

... la llamada «cuestión de la nacionalidad» comenzó a ser aguda en la monarquía. Todo el mundo se alineaba —bien porque querían hacerlo o bien porque simulaban querer hacerlo— con uno u otro de los muchos pueblos que solía haber en la antigua monarquía. Porque en el curso del siglo XIX se había descubierto

que cada individuo tenía que pertenecer a una raza o nación en particular si quería ser un individuo burgués perfectamente acabado [...]. Todas esas personas que nunca habían sido otra cosa que austríacas, en Ternopil, en Sarajevo, en Viena, en Brno, en Praga, en Chernivtsi, en Oderburg, en Troppau, nunca nada excepto austríacas, ahora empezaban, de acuerdo con "la orden del día", a llamarse parte de la "nación" polaca, checa, ucraniana, alemana, rumana, eslovena, croata, etcétera.<sup>23</sup>

Con la desintegración de la monarquía de los Habsburgo, estos grupos recién formados pudieron ocupar su lugar en las luchas por el territorio y el poder que llegaron después. Como Roth había previsto, los mecanismos arcaicos del imperio se reemplazaron por los emblemas modernos de la tierra y de la sangre.

Roth pasó de ser un progresista que miraba hacia el futuro con entusiasmo a convertirse en un reaccionario que miraba con cariño hacia el pasado representado por el imperio de Francisco José. Sabía que su nostalgia era en vano. La antigua monarquía había sido destruida no sólo por la Gran Guerra, sino también por el poder de los ideales modernos. ¿Cómo podría una persona que creyera en el progreso aceptar un tipo de autoridad sustentada sobre los accidentes de la historia? Aun así, la lucha por el poder que siguió una vez que el imperio desapareció, fue salvaje e inmisericorde.

Además de la formación de las naciones, existía «el problema de las minorías nacionales». La limpieza étnica —la expulsión forzosa y la migración de esas minorías— era una parte integral de la construcción de la democracia en Europa Central y Oriental. Los pensadores progresistas veían este proceso como una fase en el camino hacia la autodeterminación universal. Roth no tenía estos delirios. Sabía que el resultado final no podía ser otro que el de los asesinatos en masa. En una carta que escribió a Zweig en 1933, advirtió: «Vamos a la deriva hacia grandes catástrofes [...]. Todo nos lleva a una nueva guerra. No apostaré un céntimo por nuestras vidas. Han establecido el reinado de la barbarie».

Roth pudo escapar del destino que había previsto para sí mismo y para otros. Huyó de Alemania, donde había estado escribiendo para el periódico liberal *Frankfurter Zeitung*, para establecerse en París, donde produjo algunas de sus mejores novelas, relatos y artículos periodísticos. Murió allí de cirrosis alcohólica en 1939. Cuando fue enterrado había un representante de la monarquía de los Habsburgo al lado de un delegado del Partido Comunista, y frente a la tumba se rezaron oraciones católicas y judías. Zweig sobrevivió algo más. Dejó Austria en 1934 para vivir en Inglaterra y en Estados Unidos, y se trasladó finalmente a Brasil en 1941. Un año después, temeroso de una victoria del Eje después de la caída de Singapur, se suicidó junto con su mujer, sólo unos días después de terminar *El mundo de ayer* y de enviar el manuscrito por correo a la editorial.

## DOS Y DOS SON CINCO

Durante la tortura a la que Winston Smith fue sometido en 1984, de George Orwell, el interrogador O'Brien levanta cuatro dedos y le exige a Winston que le diga sinceramente que hay cinco. O'Brien no se dará por satisfecho con una mentira arrancada bajo presión. Quiere que Smith vea cinco dedos. El interrogatorio es largo y angustioso.

—Aprendes muy despacio, Winston —dijo O'Brien con suavidad.

—¿Cómo puedo evitarlo? —balbuceó—. ¿Cómo puedo evitar ver lo que tengo ante mis ojos? Dos y dos son cuatro.

—A veces, Winston. A veces son cinco. A veces son tres. A veces son todos al mismo tiempo. Tienes que esforzarte más. No es fácil recobrar la razón.<sup>24</sup>

Smith es sometido a más tortura, pero no como castigo, según explica O'Brien. En otros tiempos los inquisidores obligaban a

aquéllos que torturaban a confesar, pero nadie creía esas confesiones, ni quienes las realizaban ni los otros. Con el tiempo quienes habían sido torturados llegaban a ser venerados como mártires, y los torturadores denigrados como déspotas. O'Brien le explica a Winston cuánto se ha progresado desde entonces:

Nosotros no cometemos esa clase de errores. Todas las confesiones que se pronuncian aquí son verdaderas. Nosotros hacemos que sean verdaderas. Y, sobre todo, no permitimos que los muertos se levanten contra nosotros. Debes dejar de imaginar que la posteridad te reivindicará, Winston. La posteridad nunca sabrá de ti. Desaparecerás por completo de la corriente histórica. Te convertiremos en gas y te tiraremos en la estratosfera. De ti no quedará nada: ni un nombre en un papel ni tu recuerdo en un ser vivo. Serás aniquilado tanto en el pasado como en el futuro. Nunca habrás existido.

Smith debe llegar a ver cinco dedos siempre que se lo exijan, pero debe hacerlo libremente:

O'Brien sonrió levemente y prosiguió [...]. «Tú, Winston, eres un desperfecto en el patrón. Eres una mancha que debemos borrar. ¿No te he dicho que somos diferentes de los martirizadores del pasado? No nos contentamos con una obediencia negativa, ni siquiera con la sumisión más abyecta. Cuando acabes por rendirte a nosotros, será por voluntad propia».

Winston había escrito en su diario: «La libertad es poder decir libremente que dos y dos son cuatro». El objetivo de O'Brien es que Winston acepte que dos y dos son cinco. En cuando Winston lo vea como una verdad, estará salvado.

La idea de que la libertad es la capacidad de decir que dos y dos son cinco había aparecido en los escritos de Orwell antes de la publicación de 1984. La novela apareció en 1949, pero en su ensayo *Mi guerra civil española*, escrito en 1942, Orwell apuntó:

El progreso como meta última de la existencia humana es una creencia tan difundida que ya casi ni la advertimos. De esta manera, buena parte de la estructura sociopolítica, al menos, en Occidente, gira en torno a esta idea, entendida particularmente como crecimiento económico y desarrollo tecnológico. Sin embargo, en este lúcido ensayo John Gray cuestiona la idea de progreso como uno más de los mitos que estructuran la existencia humana: «Para aquéllos que viven dentro de un mito, éste parece un hecho obvio. El progreso humano es un hecho obvio». Gray argumenta cómo la fe en el progreso no está reñida con una estructura mental religiosa y, de hecho, es un derivado del cristianismo, pues fue Cristo el primer profeta que anunció el fin de los tiempos, con lo que la historia dejó de ser circular y cíclica, para convertirse en una marcha hacia la salvación final.

En su reflexión sobre el progreso, Gray no teme a la incorrección política, y de ahí que afirme, por ejemplo, que los ideales del autogobierno a menudo han justificado el odio político que ha culminado en limpiezas étnicas; o que si bien la libertad se enarbola como una de las grandes aspiraciones del hombre, la historia sociopolítica revela que en la práctica sucede lo contrario, y que los hombres renuncian a ella gustosos para pertenecer a movimientos que den sentido a sus vidas.

*El silencio de los animales* explora la actual crisis existencial de la humanidad con una inteligencia y valentía cada vez más difíciles de encontrar en el pensamiento contemporáneo.

«Gray nos muestra cómo sería vivir sin la distracción del consuelo».

ADAM PHILLIPS

«El escritor más lúcido y convincente de teoría política desde Isaiah Berlin».

JOHANN HARI, *The Independent*



ensayos **sexto piso**

